

# Sesgos cognitivos y técnicas interculturales en la política exterior<sup>1</sup>

## Cómo los europeos distorsionamos el análisis de otras sociedades y reducimos la eficacia de nuestra acción exterior

Por Alberto A. Virella Gomes<sup>2</sup>

Las sociedades con acceso a Internet tenemos a nuestra disposición más información que nunca antes. Pero, permítanme plantear algunas preguntas.

¿Quiénes identifican la gobernanza como un grave desafío en, por ejemplo, los países africanos, tienen presente que las potencias colonizadoras establecieron en África estructuras institucionales y administrativas propias del Antiguo Régimen europeo, cuando en Europa ya las habíamos superado gracias a las revoluciones burguesas-liberales, la separación de poderes y el constitucionalismo?<sup>3</sup>

¿Cuántos prestan atención al análisis de que el aparato administrativo extractivista de todo tipo de recursos implantado por el poder colonial fue heredado y apropiado por los líderes africanos tras la independencia (y las no menos interesantes razones de ello)?<sup>4</sup>

¿Quiénes se preocupan profundamente por el hambre en demasiadas comunidades africanas reconocen que potencias coloniales como Francia, pero también España, establecieron determinados monocultivos orientados a la exportación hacia las metrópolis en detrimento de la tradicional diversidad de cultivos, que garantiza mejor la seguridad alimentaria?

¿Quiénes siguen con interés el arraigo del Islam en África incorporan en sus análisis que la expansión de las cofradías musulmanas en Senegal está históricamente vinculada a la alianza que el poder colonial francés estableció con ellas con el fin de reclutar soldados para las guerras mundiales y trabajadores para el monocultivo del cacahuete?

Quiénes abogamos por los derechos de las personas LGTBIQ, ¿mencionamos que el artículo del Código penal de Senegal (por poner un ejemplo, que posiblemente no sea el único en el África francófona) que castiga las relaciones "contra natura" entre personas del mismo sexo es copia literal del Código penal de la Francia de Vichy, el régimen colaboracionista de la Alemania Nazi (1940-1944)?

---

<sup>1</sup> Conferencia impartida en la Escuela Diplomática del Ministerio de Asuntos exteriores, UE y Cooperación, el 26 de octubre de 2023

<sup>2</sup> Embajador en misión especial para el Plan África y ex embajador de España en Senegal.

<sup>3</sup> Esa es la tesis de la profesora senegalesa de ciencia política Mame Penda Ba.

<sup>4</sup> Ekeh, Peter; University of Ibadan, Nigeria. *Colonialism and the Two Publics in Africa: A Theoretical Statement*. Cambridge University Press, 1975.

O, ¿tenemos presente que en algunas sociedades africanas, en zonas rurales más alejadas del control de las instituciones "modernas", y hasta al menos los años 60 y 70 del s.XX, las personas que hoy quizá denominaríamos en Europa conforme a alguna categoría LGTBIQ sí tenían acogida en las comunidades y desempeñaban públicamente roles sociales relevantes?

Quienes colaboramos en la erradicación de la MGF en niñas y jóvenes, también en Senegal, ¿incluimos en nuestro análisis la evidencia aportada por antropólogos (como del equipo encabezado por Adriana Kaplan) de que en las comunidades Diola del occidente de la región senegalesa de Casamance se empezó a realizar porque mujeres diola vieron en esta práctica culturalmente ajena a ellas un medio para su propio empoderamiento?

Casi todo ello sigue vigente o al menos contribuye a explicar fenómenos todavía presentes. Y la mayor parte de lo mencionado se encuentra accesible en Internet, gracias a las investigaciones científicas publicadas por expertos africanos o europeos. Pero son ejemplos de lo que no solemos incorporar en nuestros análisis y descripciones de situaciones, problemas, retos... ¿por qué no lo hacemos? ¿Son intrascendentes? ¿Nos resultan incómodos? ¿No tienen fácil acomodo en las narrativas dominantes? ¿Quizá perjudican nuestros intereses?

Esta tarde intentaré que, juntos, reflexionemos sobre ello.

Hablemos, pues, de sesgos cognitivos. Fue en 1972 cuando dos psicólogos<sup>5</sup> formularon por primera vez el concepto y los describieron como “efectos psicológicos que distorsionan el análisis de la información que nos llega y generan juicios errados o interpretaciones sesgadas, incompletas”.

Se trata de un fenómeno humano, quizá universal, resultado de la necesidad evolutiva del ser humano de emitir juicios inmediatos y de evitar peligros. Ante situaciones complejas, simplificamos con rapidez sin efectuar un análisis racional.

Cabe diferenciar entre sesgos cognitivos individuales; los sesgos socio-culturales; y los sesgos ideológicos o estratégicos.

Los sesgos cognitivos individuales están muy estudiados por la psicología (en internet se enumeran hasta una cincuentena, sí, 50). Algunos de los más interesantes para el tema que nos ocupa podrían ser:

- El realismo ingenuo: los demás son irracionales o no informados, pero yo soy objetivo.
- El sesgo de la confirmación: privilegia lo que confirma nuestras intuiciones o convicciones adquiridas.
- El sesgo cultural: interpretar los fenómenos según los estándares de la propia cultura.
- El sesgo pesimista: supone sobrestimar la probabilidad de los malos resultados.
- El sesgo optimista: al revés, ser demasiado optimista.

La segunda categoría es la de los sesgos socio-culturales, estrechamente vinculados a las identidades de los grupos humanos (los cuales pueden ser de pequeño tamaño o muy amplios). Están relacionados con la “construcción” del “Nosotros” y también del “Otro”, de quien o quienes nuestro grupo quiere diferenciarse para protegerse o fortalecerse.

---

<sup>5</sup> Daniel Kahneman y Amos Tversky.

Por último, los sesgos ideológicos y estratégicos son mecanismos que responden a elaboraciones doctrinales, intelectuales, por lo tanto, tienen detrás una voluntad política e inversión de recursos, con el propósito de actuar de forma estructural dentro de un sistema complejo (que puede incluir lo político, económico, institucional, jurídico, mediático...).

Si pensamos, conforme al título de la conferencia, en los profesionales dedicados a las relaciones internacionales (diplomáticos, académicos, periodistas, empresarios, funcionarios de OOH, analistas de las finanzas internacionales, ...) debo decir que a ellos, a nosotros, nos afectan las tres categorías de sesgos cognitivos. Pero me voy a dedicar a las dos últimas.

Me centraré en la visión europea respecto a las sociedades y países que tenemos más próximos, geográfica e históricamente: el llamémosle, "mundo musulmán", y el "África Negra", por usar una denominación más propia del pasado, pero, fíjense, perfectamente entendida todavía hoy. Me centro en estas grandes regiones porque respecto a ellas se han construido imágenes e ideologías más poderosas que con otros pueblos, más alejados. Son nuestros "Otros" más cercanos: hemos construido esa "otredad": nos hemos "construido" en oposición a ellos y también les hemos "construido" a ellos, en nuestras mentes. Hablamos, claro es, de identidades, que son, tengámoslo presente, creaciones culturales.

Ello no quiere decir que no hayamos, históricamente, construido más otredades: como los indígenas americanos, los pueblos amerindios. O dentro de Europa, cada pueblo europeo ha hecho lo propio respecto a sus vecinos o potencias rivales; incluso tenemos identidades y, por lo tanto, sesgos, dentro de nuestros Estados. Pero aquí trataremos de política exterior, no interior.

Desde Europa, según las circunstancias históricas y las relaciones de poder internacionales, se crean visiones y estrategias coherentes con los intereses existentes. A su vez, se traducen en sesgos cognitivos. Al cambiar las circunstancias, cambia la visión y también los sesgos dominantes. Por lo tanto, mi propósito es mostrar no solo la existencia de sesgos, sino que son construcciones políticas, diseñadas desde estructuras de poder y de modo sistémico.

Empecemos con nuestros vecinos de las otras orillas del Mar Mediterráneo, llamémosle el "mundo musulmán" más próximo. Esos vecinos también tendrán sesgos hacia nosotros, sin duda, pero no soy ni seré nunca un experto en ellos.

Desde el lado europeo, hay que empezar con la expansión del Islam y remontarse a la Reconquista en la península Ibérica, a las Cruzadas hacia Tierra Santa, a la lucha de la Corona española contra el Turco y a la de los Habsburgo centroeuropeos contra la "Sublime Puerta" (Estambul). Estos no son solo fenómenos históricos, sino que forman parte de la construcción de varias identidades europeas, a la par religiosas y políticas. El musulmán, el "moro" en España, ha sido uno de los enemigos tradicionales de algunos pueblos europeos. Mientras encarnó un peligro real, se le trató ideológicamente de forma consecuente: preservando la memoria de atrocidades y matanzas; describiendo sus supuestos hábitos infames y rasgos negativos de su personalidad (la literatura de entonces les describía como traicioneros, afeminados); en suma, el retrato de un enemigo odioso e irreconciliable.

Pero esta visión del "Otro" musulmán cambió a partir de finales del siglo XVIII, cuando el poder europeo pasó a ser el que amenazaba los territorios del Norte de África e iba contribuyendo a la desintegración del Imperio Otomano. La visión y la construcción del Otro musulmán cambió. Los europeos convirtieron sus miradas de odio en otras de codicia. El objetivo estratégico fue a partir de entonces dominar los territorios de la orilla sur del Mediterráneo para vender

productos manufacturados, apropiarse de sus recursos, extraer su patrimonio, explotar a sus habitantes y, en la medida de lo posible, colonizar sus mentes. Empezaba la colonización y el imperialismo sobre la orilla sur del Mediterráneo.

Napoleón, con su campaña de Egipto (1798-1801), fue de los primeros. Y si bien la motivación principal era la rivalidad con Gran Bretaña por el dominio de las rutas internacionales, el Pequeño Corso ya portaba un nuevo bagaje ideológico, proporcionado por la Ilustración. El mismo, según sus biógrafos, había leído los relatos de viajes de aventureros europeos y los primeros orientalistas. Europa pasó a considerar a Egipto el origen de la civilización, atrayendo el espíritu científico, la investigación histórica y artística. La búsqueda de grandeza de Francia, quizá especialmente la de Napoleón, aspiraba a igualar el esplendor alcanzado por el Imperio faraónico. El mundo musulmán, militar y políticamente en decadencia, se encontraba en el camino para alcanzar ese pasado, para la apropiación de ese legado deseado por un poder emergente.

Desde finales del s.XVIII, Egipto y el norte de África se estaban convirtiendo en el paraíso contemporáneo más próximo a Europa. El escenario de aventuras y de placeres. Con el Neoclasicismo y, sobre todo, el Romanticismo, avanzado el siglo XIX, se expandió el gusto orientalizante, tan lascivo como las odaliscas retratadas en los harenes imaginados (en los cuadros de los franceses Ingres y Delacroix o del español Mariano Fortuny Marsal). En suma, una nueva construcción de la identidad del Otro musulmán, acorde a los tiempos y a los intereses.

Ya no había que temer al musulmán, sino ir a sus tierras, establecerse y apropiarse de sus fértiles campos, de sus músculos y de sus mujeres cosificadas como objeto de deseo. Como si de un trato justo se tratara, “a cambio”, se pretende llevar la civilización allá donde reina la decadencia. A unas tierras donde se vive en un tiempo estático, anclado en un pasado que fue imponente, pero del cual los árabes contemporáneos ya no serían más que pobres sombras ajenas al esplendor pretérito. Territorios y gentes que, consciente o inconscientemente, esperaban que los europeos les llevaran la modernidad, la máquina de vapor, la industria y los medios de comunicación que exigía la nueva era. Por lo tanto, el colonialismo creó imágenes y relatos que magnifican la supuesta misión civilizadora europea, combinándola con la minusvaloración de todo aquello de lo que quiere apropiarse, siendo este el principal objetivo. Así, Francia se estableció en Argelia (a partir de 1830), Túnez (1881) y parte de Marruecos (a partir de 1904), España en el norte de este país (al tiempo que Francia), Gran Bretaña en Egipto (a partir de 1882), Italia en Libia (1912). Y el musulmán, el árabe, dominados, dejaron de ser amenazas y enemigos, para ser subordinados, inferiores pero útiles, en su puesto dentro de la cadena colonial de valor.

Dando un salto en el tiempo hasta el presente, esa visión europea construida desde una supuesta superioridad evolutiva ha permanecido viva, no omnipresente, pero sí activa en algunos ámbitos. Y cuando, entrado el siglo XXI, se percibe en Europa que el mundo musulmán ha generado una nueva amenaza, en la forma del radicalismo islámico y, sobre todo, del terrorismo yihadista, se recuperó la vieja imagen del Otro musulmán: la del enemigo, el asesino, traidor y brutal. La imagen que prevaleció antes de la Ilustración europea. El Otro musulmán se ha reconstruido ahora sin los elementos de la atracción romántica (y hedonista) ligada al exotismo, pero combina los rasgos otorgados por la Europa de la Ilustración de lo pre-moderno y retrógrado, con los de la identidad elaborada para el musulmán durante la Edad Media europea, por una Europa que (también) se sentía entonces amenazada.

Les quiero destacar que las construcciones ideológicas de este tipo se producen en fases históricas de importante cambio de las circunstancias, del contexto. Cuando las crisis y el debilitamiento de las sociedades se traducen en pesimismo, miedo, en retraimiento, en la percepción exagerada de amenazas o incluso en la conveniencia de un enemigo exterior. O bien, al contrario, esas circunstancias pueden ser las opuestas, pueden ser las propias de una fase expansiva, de optimismo, de seguridad de las sociedades en sí mismas: y los sesgos dominantes pasan a ser otros.

Un claro caso de este segundo escenario es el que históricamente se produjo en Europa respecto al África al sur del Sahara, al “África Negra”, como la cité antes.

Empecemos con la colonización. La brutalidad, el saqueo, la destrucción de poblaciones y la violencia física sobre otros seres humanos fueron pauta de conducta de muchos pueblos europeos en África. Eran tiempos más rudos y violentos que los actuales, incluso entre europeos, sin duda, y las conquistas de territorios y el sometimiento de poblaciones han sido prácticas usuales durante la historia de la humanidad entre pueblos vecinos; pero respecto a los africanos se alcanzaron unos niveles que fueron asumidos por las sociedades europeas en toda su crudeza, unánimemente y de modo sostenido en el tiempo. Era algo aceptado, no solo aceptable.

Personalmente, creo que no sería demasiado aventurado pensar que las comunidades humanas, en general, no se componen mayoritariamente por individuos de naturaleza violenta motivados a infringir daño físico a otros como un fin en sí mismo. Más bien, la mayor parte de los seres humanos, cuando realiza voluntariamente un acto violento, prefiere considerar que actúa motivada por alguna causa o razón; ésta puede abarcar desde el enriquecimiento personal a, en última instancia, hacerlo para defenderse de una agresión; no de forma gratuita o sádica. Disponemos de una conciencia ética o moral y nos resulta, individual y colectivamente, más cómodo convencernos de que actuamos conforme a ella. Preferimos encontrar una justificación en lo que hacemos, es decir, convencernos de que hacemos algo “justo”. Aquí entra en juego la construcción ideológica.

Entre los mecanismos más visibles se encuentran los institucionales que respaldan a individuos y a sociedades, como es el Derecho, mediante el cual los poderes políticos y los Estados proveen de argumentos e instrumentos para delimitar lo prohibido, lo delictivo, y lo que es conforme a la ley. La Ley establece los derechos, quienes los detentan (y quienes no) y cómo deben ser protegidos, desarrollando más la protección de unos que de otros. Las leyes, pueden actuar, y han actuado, como una construcción ideológica que establecen límites al comportamiento de los ciudadanos pero también convierten en legal lo no prohibido.

Cuando se trata de infringir a otros seres humanos, a sus culturas y a sus sociedades abusos, robos y violaciones que serían considerados como tales cuando realizados entre iguales, produce menos escrúpulos de conciencia si se acompaña de argumentos que convencen de que se trata de algo justo y, moral o éticamente, necesario.

En el caso de la población africana el mecanismo de apoyo ideológico al servicio de quien domina combinó, a lo largo del tiempo, la deshumanización de los “otros” que se quieren someter (etiquetándolos en libros y relatos de “irracionales”, “bestias”, “simple fuerza bruta”), la asignación de un carácter infrahumano (calificándolos de “antropófagos”, “salvajes”), culturalmente primitivos (“se encuentran en la Edad de Piedra”, “tribus”, “idólatras”, violentos, sin escritura), e inmaduros (“mentalidad infantil”, tratándoles a veces, incluso legalmente, como menores de edad).

A estos pueblos se les negó y arrasó el pasado, que fue deliberada y sistemáticamente destruido (Hegel, el influyente filósofo alemán, fue rotundo al afirmar que lo que entendemos por África (Negra) no tenía historia). A pesar de que, como en muchos casos bien sabían los colonizadores europeos, existieron reinos e imperios por toda África, por lo tanto, estructuras complejas, con normas jurídicas, administración, estamentos sociales, arte... Con ellos, a lo largo de siglos, países europeos, como Portugal, incluso firmaron tratados internacionales, utilizando fórmulas con reyes africanos iguales que entre europeos ("hermano"). Pero eso se relegó al olvido.

Cuando llegó el momento de poder adentrarse en el continente, cambió el planteamiento. En consecuencia, y según las épocas, se pasó a considerar un deber moral evangelizarles, educarles, civilizarles, gobernarles, empoderarles, salvarles de los males y tragedias que les acechan. Salvarles de sí mismos. Esa es la misión construida por los europeos a su medida cuando decidieron repartirse África en la Conferencia de Berlín de 1885. Y se renovó en 1919 mediante el Pacto creador de la Sociedad de Naciones, que explicita en su art.22 la "sagrada misión civilizadora" de las potencias occidentales.

En las "civilizadoras" mentes europeas, la explotación del africano sometido y la de los recursos naturales de sus territorios también se han compensado con el argumento de que llevaban emparejada la construcción de infraestructuras de transporte y el aprovechamiento de su potencial económico, sobre todo a través de una agricultura destinada a la exportación. El "progreso". Por mucho que se destaque que esas carreteras, ferrocarriles y puertos hayan quedado a disposición de los estados africanos cuando accedieron a la independencia, nadie puede negar que se construyeron para mejor extraer los recursos de esos países, para beneficio del colonizador. Del mismo modo, la puesta en valor de tierras y de bosques se efectuó para provecho de las metrópolis, que eligieron qué monocultivo le convenía en cada colonia (por ejemplo, cacao en Costa de Marfil y en la Guinea Española, hoy Guinea Ecuatorial; cacahuete en Senegal; algodón en Mali...).

La idea prevalente de África entre los europeos, desde la descolonización hasta el presente, y que homogeneiza a todos los africanos es que los africanos no se saben gobernar o, en el mejor de los casos, todavía no son capaces de hacerlo; hoy, con la terminología actual, subrayamos "su" problema de gobernabilidad. Ese es el mensaje subyacente inculcado durante generaciones, desde que los europeos decidieron "civilizar" a los africanos, estableciendo "protectorados" y colonias. Extinguidas éstas, permanecen los intereses económicos y la utilidad de una construcción ideológica legitimadora de la intervención para la explotación de sus recursos, entendidos éstos en un sentido amplio (desde los del subsuelo, a sus mercados consumidores de productos manufacturados en Europa).

Los análisis de los centros europeos de investigación, los "think tanks", los consultores especializados se suelen hacer a distancia, desde ciudades europeas; en ocasiones con desplazamientos a las capitales africanas, pero apenas fuera de éstas. El trabajo en el terreno, incluso cuando se trata de una zona insegura, lo pueden hacer expertos locales, africanos, frecuentemente sin que se les rinda crédito por ello y a riesgo de que sus aportaciones sean seleccionadas y descartadas para encajar con las premisas preexistentes. Etnocentrismo combinado con intereses subyacentes.

Estas deficiencias en nuestros análisis resultan patentes cuando se comparan dichos informes con los elaborados por centros de investigación africanos, especialmente aquellos que estudian zonas de riesgo, espacios sensibles (por ejemplo, cárceles) o ámbitos restringidos (como los de las mujeres), pues disponen de personal conocedor de los idiomas locales y de las dinámicas y claves culturales. Por ejemplo, son “think tanks” africanos los que más recogen el papel activo de las mujeres que colaboran con grupos armados insurreccionales en el Sahel. Sin embargo, estos estudios tienen menos difusión y menor consideración que los de los “nuestros”.

El supuesto conocimiento que Europa tiene de África nos hace pensar que analizamos el continente mejor que nadie. Por eso consideramos que tenemos las soluciones para los problemas africanos, y (se) las exponemos. Sin pudor alguno demostramos que seguimos creyendo que los africanos no pueden solucionar sus problemas.

Cuando la realidad muestra lo contrario apenas se reconoce ni se difunde. El relato de las capacidades africanas es ajeno a los intereses europeos dominantes.

No solo hacemos gala de recetar soluciones para África, sino que aconsejamos, pedimos o insistimos a los países africanos que afronten tantos retos que si los enumeráramos resultaría completamente abrumador. A ningún otro grupo de países o región tratamos del mismo modo.

Pero dejemos de limitarnos al África al sur del Sahara.

La lista de carencias y desafíos que identificamos en los "Otros" se miden por parámetros y forman parte de lo que teóricos de las relaciones internacionales califican de estándares de civilización (como ha estudiado la prof. Elsa Aimé González). Digamos que constituyen la vara de medir si un país ya es un Estado "civilizado", un estado igual que los que miden; o si se encuentra en una posición inferior, estableciéndose una jerarquía.

Los estándares de civilización no se encuentran formalizados con esa terminología en normas internacionales: son una calificación académica y como tal sujeta al debate doctrinal. Pero todos conocemos clasificaciones de los países por índices de gobernanza, de respeto a los derechos humanos, de desarrollo humano, de riesgo en el acceso a la financiación internacional... Las jerarquías que se establecen mediante estos estándares se encuentran claramente ligadas a relaciones de poder y a percepciones que abonan sesgos como los que ya conocemos.

Pero el mundo ha cambiado, se está transformando. Mientras que en Europa nos cuesta adaptarnos. Por ejemplo, adaptarnos a tener menor poder relativo, menor capacidad de imposición, de dominio, de presión. Tampoco nos sentimos tan fuertes, tan seguros. Y otros actores internacionales, incluidos algunos del Sur Global, han aumentado su agencia, su poder, aunque sea el poder de elegir entre europeos u otros.

En este escenario, nuestros sesgos cognitivos son un serio hándicap: por un lado, nos falsean el análisis de lo que está sucediendo y, además, afectan muy negativamente nuestras relaciones con otras sociedades. No debería ser novedad para nuestros oídos europeos escuchar que a menudo nos ven arrogantes, prepotentes, que predicamos valores que no practicamos y aplicamos dobles raseros. Podríamos decir que, con nuestras actitudes, inconscientemente, nos “vendemos” bastante mal.

Se lo explico con varios de nuestros sesgos tradicionales, que se mantienen muy vigentes:

- Marcamos las diferencias e ignoramos las similitudes que nos aproximan y de este modo nos colocamos en posición de superioridad (para legitimar el propósito de dominación o de imposición). "Las democracias y la gobernabilidad (árabes, africanas) en crisis", pero bien podríamos decir que todos los países afrontan el reto de adaptar sus estructuras e instituciones democráticas a la globalización y responder al impacto socioeconómico de las sucesivas crisis mundiales"; "igualdad de género e Islam": *hijab* pero no violencia de género y feminicidios, derecho al aborto, discriminación salarial y techo de cristal, reparto de tareas domésticas...

- Generalmente comparamos lo mejor de lo nuestro con lo peor del Otro. Ignoramos que prácticamente todas las sociedades tienen en su historia luces y sombras, y podríamos leer tesis doctorales sobre los descubrimientos científicos africanos, sus eficaces mecanismos de gobernanza y resolución de conflictos, etc.; o simplemente podríamos tener presente los nada remotos genocidios europeos cuando nos lamentamos de los sucedidos en África.

- Tenemos profundamente enraizada la construcción ideológica de la evolución aplicada a las sociedades humanas (creada por la Ilustración europea, en contraste con la previa visión Renacentista de retorno al mundo clásico). Manejamos ese enfoque evolutivo al compararnos con otros pueblos y calificar los fenómenos que se dan en ellos, de modo a situar a los otros pueblos en una fase histórica muy anterior/ primitiva; tribus vs. naciones; conflictos tribales ("tribu" es concepto de la/nuestra Prehistoria); "todavía no están preparados"...

- Cuando determinamos el déficit de gobernabilidad en África, incluido el norte de ésta, borramos el legado dejado por la ideología institucional decimonónica (alto-burguesa y elitista, explotadora de la clase obrera, su moral cristiana y la discriminación de las mujeres) y lo reemplazamos completamente por la pervivencia de las "tradiciones africanas" (que ignoramos y más bien "construimos" a nuestra medida) o por "el peso de la religión".

Frente a estos sesgos, que son solo una muestra, podríamos utilizar algunas claves para establecer una relación intercultural:

1ª Clave. Invertir más decididamente en la creación de un clima de confianza, como base del diálogo constructivo y eficaz, para lograr resultados positivos. En lugar de mantener la situación actual, donde impera la desconfianza mutua, que nos conduce a una interacción de posturas falsas por ambas partes, de imposturas. No basta con declarar que la relación se basa en el respeto y la igualdad, hay que demostrarlo con actitudes y hechos.

Tomemos conciencia de dónde partimos (lo hemos tratado esta tarde) y donde todavía nos encontramos: hay que deconstruir nuestra posición europea de superioridad y dominio, con actitudes que transmiten arrogancia (para poder construir otra relación).

Una propuesta: al abordar cualquier cuestión, es muy útil que internamente hagamos un ejercicio autocrítico, preguntándonos si somos parte de la ecuación del problema, no parte de su solución sino de sus factores. Internamente. Si nos lleva a cambiar en algo el análisis del problema o cuestión, y aunque no verbalicemos la asunción de responsabilidades o errores, es probable que nuestro interlocutor perciba una actitud distinta de la habitual. Ayudará a un diálogo más fructífero.

2ª Clave. Escuchar activamente a nuestros interlocutores y leerles. Destacar los elementos que compartimos, que son comunes, identificarlos para que quede claro que les hemos leído, que les prestamos atención (que respetamos lo que manifiestan, no que simplemente lo ignoramos, pues ignorarlo es más que arrogancia, es desprecio). Procuremos dialogar usando sus



planteamientos y manejando también sus conceptos, no solo los nuestros. Y tener presente también aquello que ellos consideran importante, aunque nosotros no lo prioricemos pero que no necesariamente sea contrario a nuestros intereses.

3ª Clave. Hay que aceptar que los demás tomen sus propias iniciativas, aunque nos parezcan desacertadas; nos cabe la alternativa de simplemente no apoyarlas. Es sumamente ingenuo esperar que alguien, o una sociedad, aprenda de los errores ajenos; incluso, como sabemos, es muy difícil que aprendamos de nuestros propios errores. El método de ensayo-error sí puede ser eficaz, pero requiere que el ensayo sea el decidido por quien lo vaya a ejecutar, no por alguien ajeno, aunque lo financie. De los errores propios es posible aprender, pero solo cuando se asumen como propios, si no, el fracaso se atribuye a la otra parte.

4ª Clave. No inmiscuirse en procesos y fenómenos de los demás puede ser en ocasiones la mejor opción. Y es claramente contraproducente asumir un protagonismo visible y mucho menos ostensible, pues alimenta el discurso de quienes califican ese proceso como respondiendo a una agenda o interés occidentales. El “do no harm”, de los anglófonos, es más positivo que buenas intenciones que, a falta de un análisis profundo, puedan traducirse en colaboraciones de consecuencias negativas. La opción más indicada es, a veces, el seguimiento pasivo, que incluye analizar conjuntamente los problemas y las situaciones, sobre la base del rigor técnico multisectorial e independiente.

5ª Clave. Cuidado con la ayuda no pedida. La ayuda, la cooperación, la asistencia o el asesoramiento no son, deberíamos reconocerlo, solamente prácticas solidarias, generosas y desinteresadas; en mayor o menor medida, y mediante varias fórmulas, sirven o benefician al donante. Los marcos de colaboración, de cooperación y de asociación deberían estar al servicio del acercamiento y no contribuir a reforzar la alteridad (mediante la “construcción del otro”, reduciéndolo, cosificándolo como objeto-receptor), no deberían, consciente o involuntariamente, apuntalar mecanismos de subordinación o dependencia: contribuyendo a la trampa de la deuda, a la dependencia de semillas y fertilizantes difícilmente accesibles, instalando equipamientos sin garantizar su mantenimiento mediante medios locales. Dicho de otro modo: pongamos realmente y siempre en práctica los buenos principios y lecciones aprendidas que apoyamos en declaraciones internacionales sobre la eficacia de la ayuda (y que nuestras propias doctrina y agencias han elaborado y proclaman).

6ª Clave. Tengamos muy claro a quién corresponde el liderazgo en el establecimiento de prioridades y en la gestión de los procesos (en quién recae la soberanía, si se trata de estados). Esto es de gran importancia. Cuando un país, o comunidad humana, enfrenta muchas más necesidades que las que puede atender con los recursos propios y ajenos accesibles en el corto o medio plazo, que sean ellos mismos quienes determinen internamente por dónde empezar y el orden a seguir es fundamental.

Incluso cuando solo se recurra a medios exteriores para determinados objetivos, para acompañar esa ejecución por actores externos se contratan recursos humanos locales y se asignan medios institucionales locales para su seguimiento, distrayéndoles de sus propias prioridades. Además, muchos procesos, sobre todo cuando implican cambios culturales o estructurales o complejas negociaciones internas, requieren tiempo y dinámicas locales, a las que muchas veces somos culturalmente ajenos; pero el logro de avances duraderos depende de esos tiempos locales. En suma, la eficacia de la cooperación y el buen uso de los recursos procedentes de los contribuyentes de los países donantes dependen de que se respete esta regla, además de cumplir los requisitos de control de las instituciones financiadoras.

7ª Clave. Contar con el concurso de expertos, europeos y de la otra parte, en disciplinas con las que todavía colaboramos poco, como la antropología, la ciencia política, la epistemología, la economía, la sociología. Para la Organización Mundial de la Salud, por ejemplo, la epidemia del ébola marcó un antes y un después y el trabajo de la antropóloga hispano-camerunesa Julienne Anoko fue, y es, crucial.

8ª Clave. Tomar consciencia de que, en una relación tradicionalmente desequilibrada, y a pesar de que la parte dominante juega con muchas ventajas, la históricamente subordinada conoce perfectamente los códigos y el lenguaje que la otra ha venido imponiendo. Conoce sus debilidades culturales, mejor que lo que sucede a la inversa; y la experiencia acumulada les facilita identificar los intereses no manifestados de la parte en principio más poderosa. Todo ello supone una ventaja. Por ejemplo, pueden optar, con éxito, por decir lo que queremos y nos gusta oír. Pues bien, siempre será más útil facilitar las condiciones de un diálogo en el que las partes hablen con franqueza, incluso de lo que saben que a la otra le molesta escuchar; de este modo se contribuye realmente a identificar los obstáculos al entendimiento y se facilita el camino hacia la actuación conjunta.

Si las críticas no surgen en un espacio de confianza y franqueza, lo más probable es que aparezcan de manera menos constructiva cuando la parte tradicionalmente dependiente se libera de dicha dependencia porque elige otros socios o ya no le interesa el antiguo socio prepotente.

9ª Clave. Es útil esforzarse en intentar percibir cómo te están viendo y también imaginarse en el lugar del otro.

Voy concluyendo.

En especial para quienes estén muy poco convencidos de la validez de mis mensajes, les ofrezco un bonus como compensación por haber aguantado hasta el final, a pesar de todo. Se trata de un caso de sesgo cognitivo individual pero que por su amplísima incidencia tiene un impacto incluso institucional en algunos países.

Se trata del sesgo de autoridad, mediante el cual damos como cierta la información proporcionada por expertos o entidades muy reconocidas, sobre todo cuando esperamos recabar información de alta calidad, lo cual nos hace especialmente receptivos.

Este sesgo nos impide ser conscientes de que quien dispone de más información es quien más manipula su uso, quien más miente. Esto sucede sobre todo cuando se trata de información confidencial, como la procedente de los servicios de inteligencia, o la económicamente estratégica. La razón es su valor (“información es poder”, ¿por qué darlo gratuitamente?) y se usa de modo selectivo para servir a los intereses de quien la detenta (incluso en detrimento de los intereses de sus receptores, ávidos de información y manipulables).

¿Cómo contrarrestar este sesgo tan perjudicial? Para no ser engañado ni dependiente, es indispensable disponer de autonomía estratégica en forma de capacidades y medios propios para informarse/analizar. Y junto a ello, contrastar con varias fuentes. En este sentido, contemos con los análisis de expertos y entidades de las propias regiones que nos interesan, estableciendo mecanismos de colaboración basados en condiciones de igualdad y de respeto.

Parece bastante fácil. Pero, ¿por qué no es ya lo más habitual? ¿Será por algún sesgo?

Muchas gracias.